

A fines del año 966 (355-356) murió Sancho envenenado por un vasallo suyo traidor, lo cual dió origen á nuevos desórdenes interiores en el reino, que unidos á los desembarques y devastaciones en Galicia cometidas por piratas normandos de Dinamarca en los años 357 (968) hasta 360 (971), paralizaron completamente las fuerzas de Leon y Castilla. En 355 (966) habian cometido aquellos bárbaros pillajes vandálicos cerca de Lisboa y Silves, pero la escuadra del califa los habia escarmentado tan duramente que en adelante prefirieron saquear y devastar las costas del Norte de los Estados cristianos, no tan bien defendidas como las mahometanas. Tranquilo por este lado Hakam, tuvo tambien la satisfaccion de obtener un buen resultado de sus operaciones en Africa, donde la segunda campaña de Schauher fué coronada de éxito; los conflictos entre el sirida Boluggin y los edrisitas cesaron con la prision de estos últimos y su traslacion á Córdoba por Galib; de suerte que la España mahometana disfrutó de paz y tranquilidad durante la mayor parte del reinado de Hakam, y éste pudo dedicar sus mejores fuerzas al cultivo de las artes de la paz, en el cual, como correspondia á su carácter, no desperdició el tiempo.

Siempre se ha admitido como cosa corriente que entre las virtudes de un monarca debe figurar el amor á las artes y en primer lugar á la poesía, amor que debe ir acompañado de la munificencia para con sus representantes. Los mismos turcos y mogoles, tan luego como el contacto con la civilizacion persa-árabe les quitó la primera corteza de barbarie, gustaron, aunque al principio fuese por vanidad, de oírse cantar en artísticos versos por poetas oficiosos ó de cámara, y no rebaja el mérito de las poesías que el monarca no entendiera ó entendiese á medias las estrofas que cantaban. Siendo la poesía nacional con su sabor agreste la compañera invisible pero indispensable del árabe, desde que nace hasta que muere, conforme hemos visto desde el principio de nuestra narracion, y habiendo sido los omniadas árabes de pura sangre, tanto los de Damasco como los de España, y no siéndolo menos los yemenitas y keisitas, cuyas luchas forman, no obstante sus funestos efectos, la verdadera edad heroica de los mahometanos del Occidente, no puede sorprendernos ver en la corte de Abderraman al poeta al lado del monarca, como estuvo al lado de los Yezid y Walid; ni nos puede extrañar tampoco que en las guerras entre las tribus y sus jefes se hiciera uso no solamente de las armas materiales sino tambien de los dardos poéticos. Parece increíble que hombres como el terrible Abderraman I ó Abdelmelik Ibn Omar, el Marco Bruto de los omniadas, hayan sido capaces de sentimiento poético, como lo demuestra la célebre oda dirigida á la palmera. Cuéntase (1) que Abderraman hizo construir una quinta en las inmediaciones de Córdoba por el modelo del palacio de verano que los omniadas de Damasco tenian cerca de esta ciudad, y en cuyos jardines puso tambien plantas propias del clima de Siria, entre ellas una palmera datilera, de la cual dicen descendien todas las datileras de España. A esta palmera dirigió Abderraman (2) las siguientes estrofas:

«Eres, oh palmera, extranjera en esta tierra del Oeste, léjos de las playas de tu patria.

»Llora, pues. Pero ¿cómo ha de llorar si es muda? Ella no siente penas como yo.

(1) A. Schack: *La poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia*, Berlin, 1865, I, pág. 46; y R. Gosche: *La Alhambra y la ruina de los árabes en España*, Berlin, 1854, pág. 16. La traduccion que sigue está tomada de la obra de Schack.

(2) Segun otros Abdelmelik Ibn Omar; véase Makkari, tomo II, página 42.

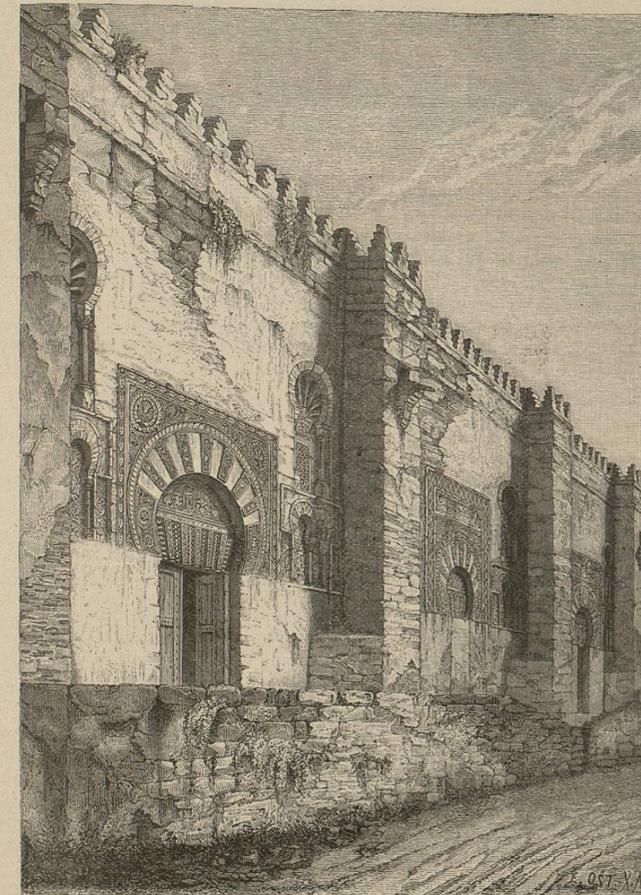
»Si sentir pudiese, lloraria y desearia volver á los bosques de palmeras del Oriente y ver la corriente del Eufrates.

»No se acuerda de ellos, y hasta yo he olvidado casi los mios desde que mi odio á los hijos de Abbas me ha lanzado fuera de mi patria.»

Cierto que las guerras interminables que llenaron los dos primeros siglos del dominio mahometano dejaron poco margen para tales sentimientos tiernos; pero así como el amor, que llena toda la vida, no ha podido ser jamás proscri-to en ninguna parte del mundo, del mismo modo la poesía fué entre los árabes, como entre los antiguos beduinos del desierto, constante compañera de unos y otros en las nunca interrumpidas guerras y les inspiró siempre nuevos cantos. De este arte no faltan tampoco representantes entre los árabes de España, siendo el mas célebre Said Ibn Schudi, que en las guerras contra los españoles mahometanos tuvo un destino tan trágico. Al lado de esta poesía del alma genuinamente árabe se formó en la corte de los emires de España, como antes en la de los omniadas de Damasco, una poesía hija del arte, cuyo tema principal fué el elogio del príncipe reinante, y en la cual los autores rivalizaban en hacer gala de agudezas y artificio en la construccion y eleccion de vocablos. Esto es lo que caracteriza la poesía oriental de la época de los abasidas y la distingue de la poesía antigua. El introductor de esta nueva poesía del Oriente en España fué el poeta persa Siryab, auxiliado poderosamente por el creciente refinamiento de la civilizacion urbana. Los poetas relativamente modernos dieron pruebas de su talento componiendo poesías á imitacion de las antiguas, pero por mucha aceptacion que tuviesen entre sus coetáneos, nosotros solo sentimos las pulsaciones naturales de la poesía árabe-hispana cuando se mueve en su cauce natural. En esta última se nota muy temprano un elemento que le da un carácter muy distinto de la poesía cortesana del Oriente; este elemento es el español popular, en el cual se confunde el carácter árabe con su análogo español, en especial el del pueblo andaluz, y su tendencia á tomar en todas las vicisitudes de la vida, las alegres como las tristes, motivos de desahogos líricos y poéticos. No faltan pruebas de que no solamente los guerreros árabes sino tambien sus adversarios españoles del siglo III (IX) sabian manejar la espada y la lira, y se comprende que á medida que las dos razas se fundieron el elemento indo-germánico ejerciera cierta influencia sobre el semítico. Esta influencia empezó á hacerse sentir, como es natural, en las capas inferiores de la poblacion y fué subiendo gradualmente hasta las superiores. Las clases instruidas no pudieron menos de seguir la corriente, conforme nos lo demuestra la poesía artística, cuya especial delicadeza y profundidad de sentimientos la diferencian tan ventajosamente de la poesía oriental con sus agudezas y su inseparable coqueteo. La casi moderna afición á las bellezas de la naturaleza, pintadas magistralmente en descripciones interesantes, está para nuestro gusto muy por encima de la poesía coetánea propiamente oriental. Verdad es que los representantes clásicos de esta poesía pertenecen al período que siguió á la ruina del califato, pero los comienzos de ella datan naturalmente de mucho antes, del tiempo, se puede decir, en que se establecieron entre los conquistadores y los conquistados las primeras relaciones pacíficas é íntimas. Si esta poesía pudo desarrollarse y llegar á su perfeccion, se debe á los emires y califas omniadas, que le abrieron su corte y la fomentaron con inteligencia. Ya Abderraman I, al cual los cuidados y graves ocupaciones de su reinado entre no interrumpidas guerras no impidieron mostrar su estro poético, se rodeó de poetas. Algun tiempo despues de él adquirió mucha fama en la corte de Córdoba el poeta Yahya

Ibn Hakam, de la tribu árabe de los Bekr-Ibn Wail, tribu que ya antes de Mahoma habia producido un grandísimo número de vates de gran fama. Era este Hakam natural de Jaen y tan buen mozo que no se le llamaba por lo general sino El-Gasal (la gacela), y su talento era tan grande que hasta fué admirado en Bagdad, no obstante ser mirados allí los árabes de España con cierta altanería y de saberse que Ha-

kam habia compuesto sátiras contra el poeta persa Siryab, que tantos admiradores tenia en Bagdad. Estas sátiras habian sido causa de que Hakam fuese desterrado de la corte de Córdoba en el reinado de Abderraman II, de cuya afición á la poesía y á la música hemos hablado ya en su lugar. Las guerras y los asuntos políticos no impidieron tampoco á Abderraman III atender y animar á sus poetas con mues-



Lado oriental de la mezquita de Córdoba

tras de su munificencia. Entre ellos gozaban de mas fama Ahmed Ibn Abd Rabbih y Said Ibn Mundhir. El primero compuso la obra enciclopédica *El Collar (Ikd)*, que trata de asuntos históricos y otros interesantes é instructivos. El otro era célebre como improvisador brillante, y en magníficas estrofas celebró las glorias del monarca. Mas importante que todas las composiciones de los vates mas famosos es la grandísima difusion que el arte poético alcanzó en España. La viveza y chispa de los árabes de España, su presteza en replicar y en improvisar eran célebres en todo el Oriente, y estas cualidades hicieron que todo el mundo, como entre los antiguos árabes del desierto, fuera poeta y compusiera versos. Tan grande era la abundancia de productos poéticos que ya en la primera mitad del siglo X de la era cristiana pudieron coleccionarse antologías voluminosas como la de

Ibn Faradsch, que contenia 20,000 versos dobles, exclusivamente con productos de poetas españoles, fecundidad que fué en aumento á medida que la nacion hispano árabe se fué formando.

Simultáneamente con la poesía se desarrollaron tambien lozanos los demás ramos de literatura. Excusado es hablar aquí del cultivo asiduo de la ciencia de la tradicion y de la teología y jurisprudencia, pues que los mahometanos españoles, segun hemos observado, jamás traspasaron los límites de la doctrina de Malik, especialmente desde que obtuvo autoridad oficial á consecuencia de la propaganda del fakih berberisco Yahya. Tambien en la gramática y filología se limitaron los árabes de España á perfeccionar y completar los trabajos existentes, siguiendo el sistema y cauce fijados desde largo tiempo en Oriente. Importante es lo que les de-

ben la historia y la geografía. Sobre los primeros trabajos en estas ciencias reina completa oscuridad, que probablemente jamás se disipará; solo sabemos que en la segunda mitad del siglo III (IX) un teólogo y gramático llamado Kasim Ibn Asbag escribió, entre otras obras, una historia de los omniadas de España y fundó al mismo tiempo una escuela histórica, á la cual debemos indirectamente lo que de aquella dinastía sabemos. Los primeros representantes de esta escuela, Ahmed Er-Rasi y su hijo Isa, escribieron un gran número de libros sobre la historia y geografía de su país, de los cuales se encuentran extractos en las obras de historiadores posteriores. Se ha conservado de aquella época un manuscrito de noticias de un tal Mohammed Ibn Omar llamado también Ibn El-Kutiya (hijo, es decir, descendiente, de la goda), porque descendió de Sara, nieta del rey goda Witiza.

Por mucho que esta actividad literaria y la protección que le concedieron los omniadas merezcan los aplausos de la posteridad, no dejó tal protección de ser en un concepto perjudicial, porque obligó á los historiadores á ser panegiristas de la dinastía y mas todavía del príncipe reinante, como sucedió en el Oriente bajo el gobierno de las abasidas. La mayor parte de los autores citados y de los que citaremos fueron libertos de los omniadas y estaban dominados del temor de atraerse el desagrado de sus protectores; que no era tan grande la despreocupación, ni siquiera de Abderraman III, que hubiese permitido empañar la memoria de un ascendiente suyo, bien que entonces no existía probablemente historiador alguno tan liberal é imparcial que se atreviese á semejante cosa (1). De ahí resulta que en todas estas obras están arreglados los hechos al gusto de la dinastía reinante. Las cosas desagradables están embellecidas ó presentadas como careciendo de importancia ú omitidas en la narración. Lo que prueba hasta dónde llegó esta adulteración, es el hecho de que un historiador que escribió algunos siglos después del tiempo de Abderraman III y que tomó sus datos de crónicas contemporáneas de aquel monarca, ni siquiera menciona uno de los sucesos mas importantes de su reinado, la gran derrota de Alhandega. Verdad es que el defecto se nota con harta frecuencia también en los autores de la Edad media cristiana, bien que allí hubo la ventaja de la competencia y la lucha entre los poderes civiles y el eclesiástico, de los cuales cada uno tuvo sus escritores. Si hubo algo de esto en las historias especiales que se escribieron en España, como la de Omar Ibn Hafson y la de los Benu Kasi de Aragon, no se sabe, porque de estas obras solo se han conservado algunos títulos.

Menos mal á la ciencia hizo la protección que los omniadas dispensaron á la medicina y á las ciencias naturales, si bien estas últimas no podían salir de los límites trazados hasta para los monarcas por la religión ortodoxa. Eran demasiado vigilantes los fakihis para permitir herejías y en esto podían contar con el apoyo de todo el pueblo. Ni siquiera pudieron medrar los motasilitas con su tendencia á poner la religión revelada en armonía con la razón. Un filósofo, Ibn Masarra, que trató en el reinado de Abderraman III de propagar en España teorías materialistas del Oriente, bien que muy veladas y disfrazadas, se atrajo la enemistad del pueblo y todos sus escritos fueron quemados á instigación de los teólogos, sus adversarios. No era España país para tales estudios; pero lo era para las matemáticas, tan necesarias para

(1) A esto se debe que hasta la publicación de los trabajos de Dozy hayan sido descritos todos los omniadas de España, sin exceptuar el monstruo Abdallah, como dechados de justicia y de nobleza hasta por los historiadores de otros países. Solo en Hakam I han encontrado los fakihis algun defectillo.

fines prácticos y para la astrología, que á pesar de estar hasta cierto punto en olor de arte impío, empezó entonces á propagarse en el Occidente, y finalmente para la farmacia. Hasta Abderraman III hallábanse estas ciencias muy atrasadas en España, la cual debía buscar sus conocimientos científicos en Bagdad y en general en el Oriente, donde desde Ma'amun se utilizaban en gran escala las conquistas científicas de los griegos. A Hakam II debió España también en el terreno científico su independencia de Bagdad, bien que Abderraman III había hecho ya algo en este sentido. Háblele enviado en el año 338 (949) el emperador de Constantinopla (2) una embajada con los acostumbrados presentes, entre ellos un ejemplar de la célebre farmacopea de Dioscórides, escrito en el idioma original, el griego, con los dibujos de los vegetales y otras sustancias mencionadas en el texto; y no encontrándose en Córdoba nadie que poseyera el griego, el califa hizo escribir al emperador que enviara una persona apta para enseñar á algunos de sus esclavos la lengua griega, á fin de que pudiesen traducir la obra al árabe. Así se hizo; dos años después, en 340 (951), llegó á Córdoba un monje griego llamado Nicolaos y entonces, por consejo del erudito judío y hombre de confianza de Abderraman, Jisdai Ben Xaprut, se nombró una comisión de médicos con cuyo concurso, como asesores peritos, se vertió aquella obra importante al árabe. En este trabajo se rectificaron los muchos errores que desfiguraban la traducción oriental en uso hasta entonces, haciendo al propio tiempo desaparecer las muchas dudas á que ésta daba lugar y fijando definitivamente la identidad de los vegetales y demás productos naturales mencionados en la citada obra, que desde entonces sirvió de base fija y segura para el desarrollo independiente de la ciencia médica en España.

Este gran paso fué debido como se ve á una casualidad, mas el sucesor de Abderraman, el califa Hakam II, su hijo, dió pruebas desde el primer instante de su reinado de que le animaba el propósito decidido de elevar al primer puesto entre las naciones civilizadas el pueblo que su padre había elevado al primer puesto como potencia política; y es que Hakam fué quizás el monarca mas erudito que el mundo ha conocido. Había utilizado con admirable fruto el largo período que la extraordinaria duración del reinado de su padre le permitió dedicar á su pasión, el estudio de la literatura árabe, no para escribir obras sino para aumentar sus conocimientos y atesorar noticias útiles é interesantes. Era hombre muy aficionado á libros; en todas las grandes ciudades del Oriente, desde el Cairo á Bagdad, tenía agentes encargados de proporcionarle copias de todas las obras nuevas y de comprar ejemplares notables de las antiguas. Admitía y recompensaba gustoso la dedicatoria de nuevas obras con que afamados sabios del Oriente se apresuraban á obsequiarle, pues que se mostraba muy liberal con los hombres de ciencia. Gran número de éstos atravesaron gustosos «desiertos y mares» para verle en su corte, donde estaban seguros de ser bien recibidos y sus trabajos generosamente recompensados; tanto que seguramente mas de uno de los 24 millones de monedas de oro que su padre Abderraman le había dejado pasó á las escarcelas de los sabios y comerciantes de libros. Parece imposible que hubiese sido, como realmente fué, gobernante enérgico, político inteligente y general eminente y sagaz; un hombre como éste, cuyo tesoro consistía en su biblioteca, la cual, según el cronista, constaba de 400,000 volúmenes, cuyos títulos llenaban un catálogo

(2) Los cronistas árabes dicen que fué Romano, pero como este emperador había sido destronado cinco años antes, en 944, debió de ser su sucesor, Constantino VII.

de 44 tomos, cada uno de 20 y según otros de 50 pliegos. Según decía la fama, el califa había leído todos estos libros y á la mayor parte había añadido al margen notas eruditas; cosa materialmente imposible, porque mas de un siglo habría necesitado para ello, leyendo diez tomos cada día; pero esta noticia, aunque exagerada, nos prueba que su afición á los libros y su laboriosidad fueron el asombro de sus contemporáneos y la admiración de la posteridad. Que esta afición y este entusiasmo por las letras y ciencias no fueron un simple capricho ó pasión personal, lo prueba su solicitud por divulgar la instrucción en la masa del pueblo; solo en Córdoba fundó veintisiete escuelas, en las cuales los hijos de familias pobres recibían instrucción gratuita. El pueblo correspondió muy diligente á la solicitud del monarca erudito, y Dozy dice en su obra tantas veces citada (1): «En Andalucía (la España mahometana) sabía casi todo el mundo leer y escribir, mientras en la Europa cristiana hasta las personas mas elevadas, si no pertenecían al clero, no tenían ni siquiera una idea de este arte.» La universidad de Córdoba gozaba una fama universal en los países mahometanos y en los cristianos; millares de estudiantes concurrían á sus aulas, y aunque la enseñanza científica se movía dentro de los límites que le trazaba el dogma mahometano, no dejó de adelantar en gran manera la instrucción y cultura tanto de los fakihis como de otras clases de la sociedad, y de fomentar el desarrollo, el progreso y la independencia de todas las ciencias. Del reinado de Hakam data la primera crónica de Córdoba, escrita por Arib, que ha llegado hasta nosotros, y por aquel mismo tiempo el matemático Máslama Ibn Ahmed escribió la astronomía española independiente de los andadores del Oriente, arreglando á la región occidental las obras maestras griegas y árabes y formando gran número de discípulos, que propagaron y extendieron sus trabajos y métodos. En las demás ciencias reinaba la misma actividad, fomentada y subvencionada por el solícito monarca, que continuamente aumentó sus fundaciones. Los opimos frutos del celo inteligente de Hakam por el adelanto de la instrucción y de las ciencias han aprovechado á toda la humanidad, aunque cincuenta años después, durante la guerra civil, la ruda soldadesca deshizo la riquísima biblioteca y posteriormente la Santa Hermandad borró las últimas huellas de este gran movimiento intelectual (2).

Otro monumento que proclama la grandeza del Augusto de los omniadas españoles, la gran mezquita de Córdoba, se ha conservado hasta hoy; la cual, aunque mutilada por el ciego fanatismo religioso (3) y el prurito de los ignorantes que todo lo quieren modernizar, deja entrever su magnificencia pasada. Un viajero moderno dice (4): «De cuantas mezquitas de estilo árabe he visto en el Oriente, no causa ninguna ni remotamente la impresión que produce la gran mezquita, hoy catedral, de Córdoba con sus 860 columnas de mármol, con los arcos antiguos, las palmeras, naranjos y fuentes murmuradoras de su claustro. Es una impresión que

el tiempo jamás borra del alma.» Para describir estas magnificencias es preciso haberlas visto al natural; ni los libros ni las fotografías pueden dar una idea cabal de la belleza de la arquitectura árabe. Una débil idea de ella dará al lector la lámina que damos por separado, debida al lápiz y al buril de dos hábiles artistas. Por mi parte tengo que limitarme á dar aquí las noticias mas precisas sobre el origen y el estilo de este monumento notabilísimo, tomando por guía á Schack, conocedor perito del arte (5).

Ya en la primera parte de esta obra hemos dicho que inmediatamente después de la muerte de Mahoma no pudo haber estilo arquitectónico especial árabe. Los mahometanos adaptaron á su culto las iglesias cristianas que encontraron en las provincias conquistadas, limitándose á hacer las modificaciones mas indispensables. Solo en aquellas comarcas donde tenían ya oratorios antes de emprender sus grandes conquistas, oratorios por supuesto sencillos, construidos solamente en parte de cal y canto, á manera de grandes salas como en Medina, ó en ciudades de fundación reciente como en Kufa y Basora, los conquistadores se ingeniaron para hacer sus construcciones arquitectónicas de la manera mas conveniente, y aun en estos casos se sirvieron de operarios extranjeros, persas, griegos ó sirios, que fueron los verdaderos constructores; de suerte que á lo mas podía ser propiamente árabe la disposición general del edificio. Esta disposición general comprende una sala de columnas, de forma cuadrada ó rectangular, en cuyo centro se halla un sitio descubierto con una fuente, que es indispensable para las abluciones (6). Para utilizar una iglesia cristiana bastaba tomarla por un lado del cuadrado, trasformarla en sala de columnas y añadir los tres otros lados con sus arcadas. La ejecución de las partes y del conjunto dependía del objeto á que había de servir, del material disponible y de la práctica y talento del personal técnico. El culto exigía: en primer lugar, un púlpito (*mimbar*), desde el cual el iman pronunciaba su sermón los viernes; en segundo lugar el *mejrab* ó capilla, á menudo magníficamente adornada, hacia la cual dirigían los creyentes sus oraciones; y en tercer lugar, que la sala de columnas estuviera bien despejada para los que hiciesen sus oraciones, lo cual no excluía que en salas de grandes dimensiones hubiera á lo largo de las cuatro paredes capillas. Además exigía el carácter religioso del edificio que en ninguna parte hubiese figuras de seres vivientes (7), de suerte que para la ornamentación mural quedaban solo las inscripciones y los arabescos. Los mahometanos para sus mezquitas sacaron el material, al principio por la prisa que tenían y después con harta frecuencia, de construcciones antiguas paganas y cristianas, ya las hallasen en ruinas, ya las hubiesen de destruir para el objeto indicado, suce-

(5) Schack: *La poesía y el arte de los árabes*, t. II, págs. 183 y siguientes. Véase también: *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi*, por R. Dozy y M. J. de Goeje, Leiden, 1866, pág. 20.

(6) Fuentes y con preferencia surtidores se encuentran con frecuencia también en los zaguanes ó jardines de casas particulares, ya á causa del clima, que permite también dispensarse de cubrir los zaguanes.

(7) Schack, en su ya citada obra, da una lista interesante de los casos en que se ha faltado positivamente á esta prohibición, ya en tiempo antiguo; de estos casos hay que eliminar naturalmente los de las mezquitas sinitas y de consiguiente de las fatimitas, que no se creen obligados á observar las prescripciones que solo se derivan de la tradición, y luego las transgresiones en las construcciones y objetos de los sunnitas destinados á usos profanos. Una falta de éstas existe cabalmente en la mezquita de Córdoba y confieso que allí me ha chocado mucho. En general pueden considerarse estas transgresiones como las de la prohibición del vino, que son tan frecuentes que no causan ya escrúpulo sino á los mas devotos. Lo que me parece fuera de duda es que la prohibición de las imágenes ha contribuido mucho á impedir un vuelo mas alto y la generalización de las artes.

(1) *Histoire de l'Islamisme*, 1863, tomo III, pág. 109.

(2) La Santa Hermandad, instituida para perseguir salteadores de caminos, no sabemos que se ocupase en perseguir libros árabes. En cuanto á la Inquisición, se instituyó mucho después de la desaparición de esta biblioteca.

(N. del T.)

(3) No quiero con esto censurar al catolicismo español. Mientras los ingleses hacen servir de cuartel los magníficos restos del gran palacio de Delhi, y destruyen, bien que como hechos aislados, monumentos de otros tiempos por el mero afán de destruir; mientras los italianos, según se oye decir, pierden preciosos monumentos de la Edad media con sus pretendidos «embellecimientos» y los sacrifican á la consabida utilidad pública, nadie tiene derecho á culpar exclusivamente á una nación de una impiedad tan extendida.

(4) H. Stephan: *Ægypten*, pág. 265, nota primera.